



— **Un enano en el jardín (1981)**
Claudio Caldini

Textos de estudiantes (Maestría)

Ascesis y transformación

El poema, como búsqueda insistente de un real que siempre se le sustrae, es un ejercicio de ascesis y transformación. En el Seminario Avanzado de Poesía dictado por Mario Ortiz, esa experiencia fue —como el propio poeta sugiere en la presentación— una transferencia cruzada que hizo temblar tanto los estatutos figurados del enseñante y el enseñado como el propio sentido de la evaluación.

UNA EXPERIENCIA INTENSA

El año pasado tuve el honor de ser convocado para coordinar un taller de escritura poética en la Maestría. Fue una de las experiencias más intensas que tuve en toda mi carrera docente. Enseñar literatura (o cualquier otro campo de conocimiento) en una escuela o en la universidad es una práctica más o menos codificada y predecible: se trata de armar un programa, diseñar las estrategias de enseñanza que uno va a emplear y la modalidad de evaluación. Pero coordinar un espacio de creación para adultos que recibirán un título específico de creadores genera todo tipo de dudas, inquietudes y zozobras. ¿Qué aspectos de la creatividad son enseñables? ¿Qué “contenidos curriculares” debe conocer un candidato a poeta? ¿Qué actividades resultan productivas? ¿Cómo evaluar?

Para mí fue un momento pedagógico muy fuerte porque el hecho de dialogar mano a mano con los talleristas sobre sus producciones me obligó a revisar mis propios presupuestos sobre lo que considero poesía; me exigió revisar y supervisar el lenguaje para que las devoluciones tuviesen sentido y pertinencia; en fin, compartir la palabra en pie de igualdad con talleristas que ya son escritores formados me llevó a un lugar de aprendizaje en el que yo mismo pasaba a ser un alumno más en medio de un proceso de construcción de conocimientos y prácticas de escritura.

Los textos que se produjeron fueron de altísimo nivel. Lo que van a leer es una antología mínima de algunas producciones. Como toda antología, es un recorte injusto porque deja muchísimo afuera que uno desearía introducir. Sólo deseo que en un futuro próximo los lectores puedan leer los textos

que trabajamos en el formato libro que les corresponde y que merecen.

Mario Ortiz

Ariel Pichersky
[Sin título]

Nos proyectamos al exterior. Al dar vuelta una esquina encontramos estropeada y sucia una palabra de cuatro o cinco letras, tirando de mediana a grande. No era un cartel viejo, era una palabra, con restos de yerba y hasta un expájarlo atravesado. Vi que te le acercabas con ojo ciruja y te dije vamos. Pero nos puede servir. Al final la levantamos de las serifas. Vos de adelante, yo de atrás. En casa la cortamos con una sierra. En los huecos cultivaremos chauchas.

Vanina Colagiovanni
La dama de hierro

De su mano rosada me acuerdo del anillo, de la unión
de sus labios un lunar plano, expandido como un mapa,
de sus ojos un relucido lila, de su hombro
una copa alta. Cada palabra un partido, cada concesión
una lucha que se prende en medio de la noche
cada fuego un vapor.
Sube la dama de hierro
cuando hiervo chauchas ballina
su imagen vaporiza el aire. Sube
su rodete plano, su prendedor
de elefantes.
Sube en la duda y en la estela de esa duda
en lo contrario a este tiempo, en aferrarse

a una forma, a un hombre, a un léxico
a un editor, a un regreso, a un destino.
La veo como si aun cruzara una calle
en la madrugada con otro poeta
pretendiendo que a esa hora es cuando
se escriben los mejores poemas.
Viene naciendo adentro mío su peso.
Cada vez que me ocupo
de problemas ridículos
para que no se dude de mi inteligencia
ella me rodea en un abrazo tardío.

Lautaro Lamisovski

[Sin título]

Ahora, mientras maneja,
escucha la radio
pero seguro
piensa en otra cosa.
Los autos
nos pasan
por el costado
con la velocidad
de los últimos años.
Debo decirlo:
soy un poco
el copiloto
de su silencio.
Mi padre

me lleva
a mirar
el río de nuestra ciudad
que
como suele decirse
a nosotros dos
también
nos da la espalda.

Ulla Szaszak
[Sin título]

Las hojas
el residuo tostado
del mundo
por caer.

Sabrina Usach
Signo

apenas fisurada la tierra en el día de mi nacimiento
una voz pronunció con los colores del naranja el nombre que
me existe

—desnuda de historia— las hojas del roble me cubrieron
anularon la tragedia y la sangre corrió tibia musical en la
médula

dicen que mis labios de ternera embravecida en el comienzo
aguantaron un mutismo encapotado hasta que ya morada
la garganta ya negra la frente abrí el paladar ante el mundo

y grité animal grité cría grité yo fiera en la pampa donde per-
manezco

entonces una mezcla de vocales fue un disparo a los oídos
de árboles temerosos que hacían sacrificios a la luna saliente
viento viento le ofrendaban viento y savia de sus arterias

pero al fin viví: cada ojo cien ojos y cada ojo un ojo voraz
quise leche exigí maíz vino frutos de enterramientos atávicos
no no confundas deseo —criatura— con palabra
uno te alimenta la otra ciega te dejará cantaban las piedras

yo que miraba el sol morir por primera vez descubrí el cielo
enorme infinito plantado ante mis sienes caí rendida
el suelo se estremeció quise articular: elevo mis manos y te
miro

porque es todo lo que tengo y en cambio bufidos torpes
se oyeron de este lado del horizonte entendí que por lenguaje
me fue dado un par de cuernos una mirada térrea y el silencio

sin embargo desde aquel atardecer tengo la dicha del murmullo
de los astros sobre mi pelo esa geometría de voces que no
entiendo
tan vasta atemporal sustento como esta gramilla debajo de
mis pies

Música y escritura

Textos de estudiantes (Maestría)

¿De qué maneras el universo sonoro puede ayudar a experimentar distintos tipos de escritura? La pregunta planteada por Laura Novoa no deja de inquietar y los textos producidos en el marco de su Seminario son, en cierto modo, ensayos en respuesta a esa pregunta originaria que afecta y transforma nuestra percepción del mundo y del arte en el mundo.

Un universo sonoro

¿De qué maneras el universo sonoro puede ayudar a experimentar distintos tipos de escritura? Las posibilidades pueden ser tantas como nuestra capacidad para percibir el sonido y sus diversas poéticas. Los imaginarios sonoros abren una sensibilidad poética particular, lúdica, pero es necesario activar la escucha —una más atenta— entumecida por la preeminencia de lo visual.

No puedo estar más de acuerdo con Sergio Chejfec cuando señaló en una entrevista, a propósito de la publicación de su libro *Apuntes para un panfleto*, que todo lo vinculado con lo visual está muy fatigado y que lo sonoro está más abierto a impregnarse de matices.

Activar el sentido de la escucha es uno de los propósitos del seminario, cuyo fin último es que la experiencia logre proyectarse en la escritura. Ampliar la percepción del sonido, reducido en general a una mera señal para orientarnos, medir distancias, ubicar fuentes, peligros, etc. Indagar, dejarse atravesar por otra lógica, la del sonido, para pensar desde el oído y ensayar otras escrituras. Alejarse de la lógica del régimen visual y repensar algunas categorías, como lo simultáneo, la yuxtaposición, pero desde el oído.

Para lograr, o al menos acercarme, a los propósitos del seminario les propongo a los alumnos llevar un diario sonoro desde el comienzo hasta el final de la cursada. Cada día una entrada hasta el próximo encuentro, a veces con consignas precisas cada semana, desde pensar cómo trabaja la memoria sonora (siete entradas, cada día evocando sonidos de la infancia) hasta la descripción del entorno interior y exterior de los lugares que habitan, incluyendo la exploración del concepto

de resonancia en lo cotidiano o las músicas que gustan y disgustan, con el propósito de descifrar algunos elementos del lenguaje musical que intervienen en la aceptación o disgusto: ¿ritmo? ¿instrumentos? ¿cualidad de la voz y su elación con el texto que interpretan?, ¿trayectoria de las melodías?

La propuesta para el trabajo final consiste en un escrito sobre la experiencia del diario sonoro, el haber estado conectados todos los días durante meses con un mundo lejano y un sentido prácticamente olvidado.

Laura Novoa

SILVIA DABUL

Acerca de una memoria sonora

En recuerdo de
Antonia Villalobos y Elina Alba

La palabra latina *cordis* significa “corazón”. Recordar, o *re-cordāri*, por lo tanto, es volver a pasar por el corazón. Recordar es revivir. Y revivir no es un movimiento de la mente racional sino de la mente de la emoción. El registro del diario sonoro significó mucho más que la atención dirigida y ampliada hacia un objeto acústico determinado, ya que por mi profesión esa atención está asimilada y extendida a un punto rayano con el exceso. La típica deformación profesional. El proceso del registro cotidiano significó entonces evocar la historia de mi vida, especialmente la infancia. Si bien casi no hay entradas referidas a la niñez (solo la primera semana), continuó apareciendo en destellos intermitentes bajo la forma de pequeñas estampas musicales que parecían enterradas. Pinturerías Alba quedaba a dos cuadras de mi casa en Mendoza. Mi madre nos llevó a mi hermana de cuatro años y a mí, de seis, a la “Academia Alba de Piano y Declamación” que quedaba justo arriba. El dueño de la pinturería y promotor de la incipiente academia era el padre de una de mis primeras profesoras, Elina Alba. La señorita Elina era una mujer muy hermosa, de pelo lacio y larguísimo. Ella fue quien me enseñó a recitar poemas también larguísimos que memorizaba y acompañaba con los correspondientes gestos, una mímica que me daba un poco de vergüenza. Más tarde la seriedad y empeño de la señorita Elina hicieron desaparecer mi timidez. Después de la clase de “declamación” pasaba a la clase de pi-

ano con la señorita Antonia. Antonia era lo opuesto a Elina, pequeña, morocha y de anteojos, descendiente de huarpes y españoles, muy callada. Era un misterio cómo y dónde había aprendido a tocar piano. Vivía en Chacras de Coria y viajaba más de una hora para dar clases en el centro.

Así fue como la música y la poesía se fundieron para mí en una sola cosa. Piano y Declamación, un matrimonio indisoluble al que visité dos veces por semana durante tres años. Recuerdo ese tiempo de clases con estas dos mujeres maravillosas como el más feliz de mi vida. Pero ya sabemos lo que sucede con la felicidad... Un día la señorita Elina anunció que se casaba y cerraban la academia. No tengo palabras para describir la pena y el estupor.

Unas semanas después, cuando todavía estaba bajo el influjo del duelo, mi papá comenzó a hablar de un pájaro maravilloso que sabía todos los cantos del mundo. Lo describía con todo detalle, era muy grande y tenía colores brillantes e increíbles. Era el rey de los pájaros. También dijo que lo había comprado, aunque era carísimo, y en cualquier momento llegaría a nuestra casa. El sueño del pájaro desplazó la tristeza poco a poco.

Cuando llegué de la escuela ese día mi papá me tapó los ojos y me llevó por la galería. Cuando los destapó lo vi, flamante y marrón, enorme y bello como la luna: mi primer piano. Fue tal la impresión que estuve horas sin poder hablar. Literalmente no podía articular una sola palabra. Silvita se quedó muda. La señorita Antonia lo había asistido en secreto para la compra y comenzó a darnos clases en casa. Me costó mucho comprender ese divorcio de poesía y música, mucho, pero la alegría del piano propio colaboró para que pronto la pérdida

de la señorita Elina doliera menos.

Pasaron más de treinta años para que volviera a reunir esos mundos inseparables. Pero esa es otra historia. Aquí un poema que intenta rescatar algo de lo relatado y que un compositor querido, Julio Viera, volvió canción.

Dijo que el pájaro conocía
todos los cantos del mundo
dijo es luminoso breve
como un lirio naranja
dijo la felicidad es un animal
que resbala escurridizo

Y me besó en la frente

Y mientras yo reía
él amorosamente recortaba
las puntas de sus alas

(de *Cultivo de especias*, En danza, 2011)

Diario sonoro (selección)

Semana 1: Infancia/ Resonancias

22/10

El reloj cucú de mi tía Adela, sobre todo a la siesta, cuando el silencio era total.

Todo el día resuena la palabra “nunca” que pronuncia mi amigo en un sueño sobre nuestra posibilidad de una relación amorosa.

23/10

Mi mamá silbando todo el día. La re-sonancia pertenece siempre al pasado.

24/10

El tintineo de la sortija en la calesita del Parque San Martín. Las palabras de Marcelo Delgado sobre su obra Hacia el silencio: Esas resonancias apuntan a ser escuchadas como reflejos de silencio, un espejamiento doble: el piano suena, luego resuena y luego se desvanece.

25/10

El estruendo del granizo en el techo de chapa
La resonancia magnética. Imantada. Polar.

26/10

Mi abuela escuchando Grandes valores del tango.

La resonancia es a veces una magnificación, otras una dis-

minución. Obra como las sombras. Depende del ángulo de la luz. ¿Cuál es su luz?

27/10

El piano de mi prima cuando tocaba Torna a Sorrento.
El significado de resonancia me excede. La realidad es más compleja que mi fantasía más loca.

28/10

La resonancia como reminiscencia. Eso que reverbera. El recuerdo del dolor.

Semana 3: El sonido más potente

5/11

Ese golpe brutal de platillos de la Morsa en la Sinfónica. Varios minutos sorda y dolorida. Llena de odio. No importa bajo qué condiciones actúa el artífice del daño, la reacción primaria es detestarlo. La potencia de ese sonido no estuvo en los decibeles sino en el poder de paralizar. Contar después los compases para prevenirlo y taparme los oídos no fue suficiente para olvidar el trauma ¿acústico?

Sonido suave/áspero

6/11

No son atributos del sonido, sino sensaciones en el cuerpo que se despiertan, no solo al escucharlos, sino al recibirlos en la piel, en los nervios quizás. Uñas sobre la superficie de un pizarrón me tocan de un modo áspero y desagradable. En el polo opuesto, la sensación increíblemente placentera que desde que tengo uso de razón me despierta el sonido intermitente de las hojas de un libro pasando o el celofán que ma-

nipula una vendedora. Hace poco supe que a eso le llaman ASMR. Ningún video hecho a propósito para provocarlo es capaz de producírmelo. Tiene que ser inesperado, llegar en puntas de pie y sumirme en esa dulzura que me recorre en oleadas.

Sonido apocalíptico

7/11

El conjunto de ruidos del terremoto del 77. Más grabado en mis impresiones que las interminables sacudidas. El miedo que me produjo ese caos sonoro de cristales, derrumbes, gritos y cosas golpeándose entre sí.

Sonido corto/largo

8/11

Oigo la lluvia. El sonido de cada gota es muy corto, pero se suma al de las otras gotas infinitas, creando la ilusión de un sonido único, larguísimo.

Sonido débil/fuerte

9/11

Débil es eso que llamamos silencio. El sonido de las partículas infinitesimales. Ilusión de polvo inaudible. Fuerte es aquel que resiste la adversidad y vive en medio de las catástrofes. Un sonido que no muere y vive cuando soñamos.

Sonido erótico

10/11

La voz de cierto hombre. El modo en el que recorre las vocales y empuja las consonantes. Esa manera de detenerse, crear suspenso y luego arremeter, sobre todo en una lengua

para mí desconocida, que hace de mis cavidades caja de resonancia y de mis terminaciones nerviosas diminutas cuerdas que vibran.

JAVIER MATTIO**Acerca de una memoria sonora**

Escribir prestando atención a la materia sonora torció al menos dos automatismos muy propios de la escritura: el visual y el narrativo. Tomar conciencia del sonido circundante alumbró texturas nuevas, posibilidades descriptivas, palpitaes internos, y a la vez un engarzamiento distinto de la prosa, de la frase y la coherencia de continuum (ligado, es cierto, a la arbitrariedad de entradas del género diario). Se diría que el procedimiento ofició de estructura abierta, sensual y empírica, intuitiva, una apertura incierta más que un ir hacia resultado seguro. En ese sentido se cimentó un doble juego, un conducto de entrada y salida: la absorción de resonancias informes se transmutó en sentido, palabra, figuración aislada. El sonido terminaba siendo eco retroactivo del lenguaje como materia prima, incapaz de ser escuchado puramente como tal, de ser receptado fuera del resguardo del significado: toda escucha y escritura no son sino una traducción porosa de lo que acontece en la realidad-mente. Pero la cualidad específica de la audición en contraste con la literalidad visual marcó un extrañamiento, una necesidad extra de dilucidación. El sonido tiene esa condición de lo penumbroso, lo espectral, lo aletargado, algo que no se sabe muy de dónde viene ni a qué imagen someterlo. Es una zona ciega, un tanteo donde el morfema busca el alfabeto, entre el temor ominoso y el goce exploratorio. No deja de ser sintomático que también se escriba con el oído, que escribir sea a su modo un buceo en el fondo de sílabas y expresiones para concebir una sintaxis: es otra forma del dictado, quizás más luminoso o letrado, vinculado al habla. El ruido directo de una máquina, un pájaro o un estallido no se

presta en cambio a una recreación instantánea en la página: opuesto a la pereza de la fábula, exige el rodeo de la poesía, el acudir a metonimias, proximidades, sinestesias. Nos hace encontrar con nuestra respiración vacía, con una latencia muda. Invoca asimismo el proyecto moderno de desactivar convenciones, de promulgar una experiencia anti-narrativa, de quebrar la linealidad premeditada en el presente inconexo del sonido y el silencio, de cultivar la nada zen, la disrupción errática del acontecimiento, la violenta conmoción abstracta. Que el diario haya respondido a nuestro entorno privado inmediato (inevitablemente público a pesar de la escucha solitaria) implicó una restricción dada por las condiciones personales de vida. Y, como tal, un enrarecimiento de lo hogareño conocido. Un auto que pasa, un bebé que llora, una cuchara golpeando una vajilla, un murciélago que chilla se despojaron de su banalidad para ser recreados desde su impacto auditivo, su conexión chispeante con la lengua. El ejercicio resultó tan liberador como desalentador: finalmente uno entiende que la gama de sonidos no es tan amplia como podría suponerse, que hay una repetición más o menos establecida, que las variaciones dependen de cambios a largo plazo como la adopción de un animal o una mudanza (constatación que padece el narrador de *El silenciero*). El yo, desnudo de pronto ante reverberaciones y frecuencias auditivas, capta rápidamente su identidad arquitectónica, su rutina imaginaria de cuatro paredes. En el diario sonoro el escrutinio es exterior en vez de interior, pero acaba hablando igualmente de quien lo escribe. El escritor no puede huir de su sombra. Es curioso cómo esos “sonidos” volcados al texto van encontrando por sí solos un encuadre, un imaginario, atisbos de género. La gama de significantes tiende por alguna razón a

la atmósfera inquietante: La llave en una cerradura llama al policial, el ruido del motor en la noche al thriller, el grito sin cara al terror. Que no haya imagen para un sonido es ya de por sí terrorífico, y de ahí que ese desplazamiento del montaje sea tan recurrente en películas del género. La escucha furtiva es al mismo tiempo vicio de voyeur, oficio de espía o detective de novela de misterio; por qué no afición de adolescente enamorado. Muchas de las entradas terminan de ese modo leyéndose como relatos desmembrados, tironeos con formas y emblemas industriales. La parte por el todo es asimismo recurso de textos objetivistas o sutileza de haiku: el tintineo por la mesa, el zumbido por el insecto, la sirena por la policía; la prosa se injerta en un monótono microcosmos, un universo del detalle. Esa inducción es finalmente (y ante todo) erótica: superficies tanteadas, un adentrarse en abismos, el reconocimiento de cuerpos y movimientos en el vacío de la proximidad.

La traslación atenta de ciertas músicas conllevó el acceso a un terreno más conocido, aunque también significó desarmar la convención en fragmentos específicos, sinuosamente técnicos: timbres, compases, ritmos, armonías, disonancias. Lo interesante aquí fue la síntesis, la amalgama de esos aspectos descriptivos con captaciones (casi visiones) sugeridas por el umbral cultural de cada instrumento, la psicología de una voz o la simbología de una letra. Una canción devenía al mismo tiempo parlante y enciclopedia, tecla y océano, un auténtico paisaje ondulante en el que ecualizar la escritura. En esa resistencia a preferencias subjetivas, tarareos de oyente consuetudinario y dictados de algoritmo el aprendizaje del diario cimentó un desaprender, la agudización literaria de un órgano soslayado. Pero el oído fue siempre el primero en

hablar desde la oscuridad del origen, y hacia ese ruido vamos. Mientras tanto, la melodía.

Diario sonoro (selección)

Semana 1: Infancia/ Resonancias

23/10

Los sonidos resuenan en la mente. Son mente-oído, aun los que me llegan ahora. Se proyectan hacia afuera, retumban en el reconocimiento. Nacen reconocidos, desconocidos. Los surcamos, atravesamos, repelemos. ¿Qué hay de los sonidos que no están, que estuvieron? Ladridos de oyentes de múltiples edades (el ladrido es la imaginación simultánea de aquellos que lo oyen) pero siempre infantiles. En la calle, de noche, los maullidos son pocos, no hay croar de sapos. Grillos sí, en verano, pero ladridos siempre. Algún ladrido, siempre igual, variaciones mínimas de quejidos lanzados a la luna, a los cables. ¿Dónde? ¿Dónde estás, perro imaginario, solitario amigo, doblemente perdido en los abismos de la memoria y el mapa urbano? ¿No soy yo el que ladra? Ladrido rasposo, valiente, atónito, sepulcral. El ladrido es rayón auditivo pero también silencio que lo acoge, le da lugar, el antes y después que lo habilita (junto a los truenos de tormenta, los autos mencionados). Del otro lado está el niño —el niño que siempre está, porque si el sonido es presente no existe el pasado, es siempre recuerdo, eco hacia atrás. Ladrido que espanta —el allá afuera perpetuo, inclemente, rodeado de sombras y látigos y frenadas para el niño acolchado, inquietamente renuente al sueño— y que ampara, que es en sí casa de perro para hu-

mano, reja, cerco, vagar seguro. Afuera-adentro simultáneos, calle-en-la-casa, hueco en la pared, sábana de cemento. El ladrido es un alma, un pedido de auxilio feliz que nos aturde.

24/10

Voz de madre. Primer sonido yo-otro. Voz y ritmo, tambor, orquesta de vientre. Agudo y grave. Timbre emocional. Vacío que atraviesa, cercena, rompe, une. Aquí estoy, voz inolvidable. En la cocina, en el tráfico, en el teléfono. Código-verdad. Palabras que nutren, astillan y retractan, hacen crecer. Irme de casa. De su cuerpo y el mío. Su voz es la casa acústica. Su no estar en mi silencio. Mi libertad muda. Mi existir de melodía agridulce.

25/10

Conceptos de resonancia tomados de distintas fuentes (...)

27/10

Rumor digital previo a lo digital: piar de pájaros, amplitud de la mañana. Cada pío un carpe diem, cada pío la eternidad luminosa. Si hay canto —agudo, corto, chisporroteante, se diría alegre— hay cielo. Hay día. Hay árbol, cornisa, corazón de manzana. Hay afuera: nido indetectable, resquicio de aleteos, pista de despegue. No los vemos pero están, y en su residuo de conciencia son el sonido menos espectral, la resonancia menos siniestra. Eco inocente, llamada del pasado, anuncio libre de la naturaleza en su expresión formal mínima. Somos nosotros que despertamos al sonido, que somos acariciados por el sol, que nos bendicen con el don de volar. Cantamos una melodía indiferenciada para reconocernos, ejercitamos las cuerdas vocales de un oído frágil posado en el recuerdo.

28/10

¿Es posible recordar el silencio? Evocar un sonido que no es sonido, que es su supuesta ausencia. Por ejemplo, una habitación blanca de sábado a la tarde; una cortina que se mece; el rumor tenue entre paisaje y humanidad que llega a través de un alto ventanal. El silencio es también su anhelo, anulación voluntaria de voces y ruidos insidiosos, acaso falsos. No hay mentira posible en el silencio, solo silencio, mudo mantra, recuerdo superpuesto y transparente, voz de viento, suspiro venido de ningún lado.

29/10

Suena un fado. Escucho el sonido de la carne que se asa y el aceite que salta, que hierve: un muslo de pollo con papas cociéndose en el horno. El sonido, tan característico de un latigazo, un desprendimiento, un latir seguro en su ciclo de rostizado, me hace acordar a la grasa que cae sobre las brasas en un asador lejano, apuntado por un cielo nublado que llega desde la ventana, en el otro extremo del cuarto, junto a un vaso de vino terminado. Un encuentro en otro lugar, con siluetas, con césped, apertura celeste, medianera, miradas rápidas y tímidas, sabor presentido. Melancolía de fado de comidas pasadas y futuras, grupales, colectivas, de mesa amplia y poblada, existente aun y así en este instante, con elementos mínimos, encabalgado en el crepitar crujiente.